

EL MUNDO

Lunes, 30 de mayo de 2005. Año XVII. Número: 5.648.

MUNDO

EL FUTURO DE EUROPA / EL ANALISIS

Chirac, c'est fini

LUIS HERRERO

Pertenezco a esa clase de ilusos entusiastas que, hasta ayer mismo, creía que el sí acabaría por imponerse en el referéndum francés. Las encuestas de la última semana eran de mal agüero, lo sé, pero algunos prestigiosos analistas de los que me fío y el breve reajuste de las tendencias durante el día de reflexión me hicieron pensar que Francia, piedra angular del proyecto de la Unión, no tenía más narices que subirse al tren de la Constitución Europea aunque fuera de un salto postrero y arriesgado.

Para eso hacían falta dos cosas: que la participación no fuera muy alta, síntoma de que se habría desmovilizado el entusiasmo de la heterogénea coalición de los partidarios del no, y que uno de cada cinco electores cambiara en las últimas horas de intención de voto. Desde que se conoció el primer dato de participación, a las 12:00 horas, quedó claro que la primera condición no iba a cumplirse. Y por si fuera poco, las encuestas a pie de urna tampoco le dieron nunca margen de esperanza a la segunda. Chirac compareció a tres días de la votación, con el aspaviento trascendental que cabía suponer en él, «una parte del destino de Francia está en vuestras manos», pero su discurso apenas provocó la mudanza de criterio del 1% del electorado.

Ese dato da una pista para entender lo que ha pasado. No sólo ha pasado lo obvio, es decir, que los electores franceses han decidido manifestar su descontento con una propuesta para Europa que no comparten, sino que además han decidido darle la espalda a la clase política, y a Chirac el primero, por razones de consumo interno. Se les había dicho que el Estado les iba a resolver todos sus problemas, cuando la realidad es que en un mundo global, el Estado tiene cada vez menos musculatura para proezas de esa naturaleza. Ni siquiera Francia, el país menos globalizado de los grandes de Europa, donde el Estado ha intervenido de forma más contundente para conquistar nuevos derechos (las 35 horas), proteger los ya existentes (la corriente de subvenciones de la política agraria) y evitar la entrada de posibles competidores (no se conoce un sólo banco francés donde el capital extranjero tenga alguna relevancia) puede permitirse el lujo de prometer semejante estupidez.

Los problemas no los resuelve el Estado, los resuelven las reformas. Blair y Aznar las hicieron y el resultado ha sido que en Gran Bretaña, por ejemplo, hay la mitad de desempleo que en Francia y que los sueldos británicos siguen aumentando. De un tiempo a esta parte, una de las tradiciones galas más arraigadas, además de no ganar ni el Tour ni el Roland Garros, ha sido la de criticar a Blair -lo recordaba hace una semana The Economist- no sólo por ser el fiel escudero de Bush sino también por ser un ultraliberal que ha conseguido que la economía vaya bien a costa de tener las escuelas y los hospitales en estado de cochambre.

Las cosas, sin embargo, han empezado a cambiar y durante la campaña algunos diarios franceses han publicado encendidas alabanzas a la gestión del líder británico. En un periódico, quelle barbarité, llegaron a referirse a él como Tony le magnifique. El puñetazo en la mesa que días antes había dado Luc Ferry, un ex ministro de educación francés, comienza a dar frutos. «¡Basta ya! Dejemos de educar a eternos Peter Pan, hay que inculcar sacrificio y autoexigencia, hablar de derechos y de obligaciones; de esfuerzo personal y de madurez», dijo.

Esa era, exactamente, la receta que españoles y británicos defendieron en la agenda de Lisboa, la esencia del pacto de estabilidad que franceses y alemanes, ante la ovación compulsiva de Zapatero y el ominoso silencio de Solbes, mandaron a hacer puñetas en el último Consejo Europeo. Si alguien quiere saber lo que de verdad sucedió en esa luctuosa reunión debería seguir el consejo que a mí me dio Cristóbal Montoro (¡qué gran tipo es Montoro!) y leer un artículo titulado A gauche toute, que se publicó en Le Monde el 18 de mayo. Su autor, Daniel Vernet, cuenta que Chirac llegó a decir: «El liberalismo es una ideología nociva. Los ricos se vuelven más ricos y los pobres se vuelven más pobres. El liberalismo irá al paredón como el comunismo».

Cuenta Vernet que el jefe del Gobierno belga, Guy Verhofstadt, jefe de filas de los liberales flamencos, no sabía donde meterse. Yo, en cambio, me imagino a Schröder henchido de gozo. Las palabras de Chirac eran el perfecto resumen del discurso que el SPD estaba haciendo en Renania del Norte-Westfalia, feudo inexpugnable de la izquierda durante más de tres décadas, para evitar la hecatombe electoral que las encuestas le auguraban.

O sea, que para salvar sus inminentes escollos electorales, Francia y Alemania se habían puesto de acuerdo en la terapia: ni sangre, ni sudor ni lágrimas. No al pacto de estabilidad. No a las reformas planteadas en la agenda de Lisboa. A los mismos males, los mismos remedios. Frente a dificultades idénticas (poco crecimiento, paro masivo, déficit público y deslocalización), retórica de izquierdas y grandes lanzadas al liberalismo. Los resultados saltan a la vista. Schröder y Chirac huelen a cadaverina mientras Blair pasa a la Historia como el primer líder laborista que conquista tres mandatos consecutivos. Zapatero va a necesitar un urgente bypass si, después de haber jugado a ser un alveolo en el

corazón de la Europa decadente, quiere conectarse al de la Europa emergente. A sus dos primos de zumosol del eje francoalemán y a sus políticas rancias, c'est fini, les queda un corte de pelo.

Luis Herrero es eurodiputado por el Partido Popular.

Chirac, c'est fini

© Mundinteractivos, S.A.